

# ESTUDIOS

## Hacia una educación del ocio

JOSE ANTONIO PEREZ-RIOJA

Director del Centro Coordinador de Bibliotecas de Soria

Ya en el séptimo día de la Creación, destinado al descanso por el Sumo Hacedor, aparece sobre la Tierra el ocio, cuyo primigenio y divino sentido es gozar de la contemplación de todo lo creado. Luego será obra del hombre transformar, a veces, el ocio en ociosidad. Pero incluso la misma palabra ocio parece hoy despojada corrientemente de su más pura esencia originaria y de su verdadero sentido etimológico: el ocio, en latín *otium*, es reposo, y *schola* significa asimismo ocio o descanso, igual que en griego *σχολη*. He aquí cómo en nuestra palabra escuela podemos ver una primera acepción de ocio destinado a un reposado goce o cultivo del espíritu. Por el contrario, la negación del ocio (*nec-otium* en latín) es el negocio, esto es, el quehacer, el trabajo, la cotidiana ocupación de cada cual.

Si es cierto que no sólo se trabaja por el hecho de vivir, sino que se vive para trabajar, no lo es menos que el hombre trabaja y se afana para tener ocio. Se esfuerza, en suma, para alcanzar el ocio, al que ya consideraba SÓCRATES como la más grande y hermosa conquista del hombre. Según otro gran filósofo griego (1), el ocio era el punto cardinal en torno al que gira todo. Mas su plena e ideal realización es culto y fiesta, o, dicho de otro modo, ligadura con Dios, religiosidad, de una parte, y de otra, descanso y goce espiritual. Porque, según la Sagrada Escritura, así como Dios, «gozándose en las obras que había hecho», vió que «era bueno cuanto había hecho» (2), así también «el ocio humano implica la detención aprobatoria de la mirada interior en la realidad de la Creación» (3).

El hombre, por otra parte, anhela de un modo natural la felicidad, a la cual asocia, también de manera instintiva, su afán de ocio. Ocio y felicidad son, pues, camino y meta en el largo y penoso recorrido de la humanidad hacia su bienes-

tar. Dios, único ser que por su mera existencia es feliz, sería el grado máximo al que pudiera aspirar nuestro innato deseo de felicidad. Y en nuestros más altos afanes de ocio habríamos de tender asimismo a la contemplación de Dios y de su reflejo en los bienes y bellezas que El nos ha legado con la Creación.

\* \* \*

Desde la más remota antigüedad, el hombre ha considerado el ocio como una portentosa adquisición para la vida interior: «La felicidad reside en el ocio del espíritu», dice ARISTÓTELES (4). Y, ya en nuestros días, exclama REMY DE GOURMONT (5): «¡El ocio! ¡He ahí la más grande y bella conquista del hombre!» Pero, ¿ha pensado el hombre como debiera en la necesidad de su preparación para gozar con plena dignidad de tan deseada conquista?

Si este problema lo ha tenido planteado la humanidad desde sus comienzos, aún más ahora, cuando el avance de la técnica y el proceso de industrialización y de mecanización de la vida auguran, para un futuro inmediato, una progresiva reducción de la jornada de trabajo y, consiguientemente, un acompasado incremento de las horas de ocio. Cuando aún no hemos aprendido a usar bien de él, he aquí cómo la técnica y la industria, racionalizadas, planificadas, nos vienen a ofrecer—dentro de un proceso abrumador de masificación y deshumanización del hombre—la posibilidad de nuevos espacios de asueto, cada vez más amplios.

No solamente no ha ido paralela en los últimos tiempos nuestra progresiva educación o preparación para el ocio, sino que casi nos atreveríamos a creer que se ha quedado relajada o como paralizada con respecto a otras épocas, acaso también porque al ritmo de los más recientes avances de la técnica y del maquinismo se han apagado o adormecido ciertos valores espirituales del

(1) Cfr. ARISTÓTELES: *Política*, 8, 3.

(2) Cfr. *Génesis*, 1, 31.

(3) Cfr. PIEPER, J.: *El ocio y la vida intelectual*. Madrid, 1962. Cap. I.

(4) Cfr. *Ética a Nicómaco*.

(5) Cfr. *Pensées inédites*.

hombre, a la vez que se han ido acrecentando en él afanes cada vez más insaciables de evasión, de separación de sí mismo, esto es, de diversión. Y tiene el hombre de hoy tal prisa y afán por divertirse, por alejarse de su propio yo, que apenas le queda tiempo, o no sabe encontrarlo, para pensar en la mejor utilización de sus horas libres, y a veces ni siquiera para el goce sereno y reflexivo de esos ratos de ocio que, por desgracia, suele trocar a menudo en torpe, estúpida o anodina ociosidad.

Dijérase que el ocio actual es muy distinto en ciertos aspectos al de otros tiempos, porque la prisa por divertirse lo convierte en una especie de febril actividad de enajenación, perdiendo de repente lo que tuvo quizá, en épocas ya lejanas, de placentero reposo anímico, de reposo eminentemente positivo y creador.

Resulta a la vez absurdo y paradójico que en una época especialmente científica como la nuestra, en la que las sorprendentes conquistas de la técnica están basadas en el más puro y riguroso pensamiento racional, se olviden algunas razones elementales, como, por ejemplo, la casi perogrullesca de que de nada le sirve al hombre el afanarse con sus máquinas para conquistar nuevas horas de ocio si no se prepara antes o al mismo tiempo para usarlo bien y para disfrutarlo plena y reflexivamente.

Lo que se da hoy, en general, es un ocio masivo, utilizado mostrencamente por una sociedad también masificada e impersonal, en la que cada vez van siendo más raras las individualidades con criterio propio para saber divertirse en sus horas de asueto.

Y así, hoy, que son mayores que lo hayan sido jamás la potencialidad y la receptividad diversas del hombre-masa, resultan, en cambio, desmedradas, raquíticas, desproporcionadas, su capacidad intelectual y hasta su sensibilidad moral gozadoras de ocio.

Es probable que tan paradójica desproporción proceda de cierto desequilibrio—antiquísimo, por otra parte—en la ideal ecuación materia-espíritu, con indudable quebranto para este último. Fué, sin duda, más fácil para los conquistadores de tierras de América atraerse a los nativos con baratijas de oropel que a nuestros misioneros el evangelizarlos. De aquí también que el hombre, siempre niño por muy civilizado que parezca, se deje atraer mucho antes por lo externo de ese bello y sorprendente juguete que es la máquina que por cuanto ésta pueda proporcionarle, en el fondo, de utilidad, de ocio, de goce espiritual...

«La técnica, como todo destilado humano—señala certeramente LÓPEZ IBOR (6)—, se quiebra en la pura paradoja. Cuando se sueña con un mundo feliz, donde cada habitante tenga su radio, su *frigidaire* y su automóvil, no se piensa en la infelicidad que tal panorama encierra... Una técnica

que deje al hombre libre para estupidizarse le causa un mal mayor que una artesanía que lo eleve al mismo tiempo que trabaja... El automatismo choca, por su misma interna determinación, con la vida. Y por eso se da la extraña paradoja de que la técnica, una de las más portentosas creaciones del intelecto humano, se vuelva tantas veces contra la vida humana. El proceso, pues, de creación de la técnica tiene su contrapartida. Frente a estos peligros, ¿tiene el hombre que renunciar a la técnica? Ni podría ni querría, porque, en definitiva, es una admirable creación humana. Lo que necesita el hombre es volver al arquetipo armónico.»

Hoy el hombre ha quedado enajenado por la máquina. Hoy, por otra parte, la enajenación es sinónima de masificación. Pero como observa FREYER (7), el concepto de masa actualmente es distinto al psicológico de hace casi un siglo, a lo GUSTAVE LE BOND, o al de las multitudes humanas sin estructura, amontonadas o conglomeradas, el cual ha existido siempre.

Al hombre-masa de hoy dijérase que *le viven su vida*, que él ve y copia, por otra parte, en el ambiente unificador que le rodea, en la pantalla del cine, en la barra del bar americano. Además, los actuales sistemas de organización le exigen una urgente adaptación. Lo que se hace preciso, en medio de este vertiginoso y casi irremediable proceso universal de unificadora despersonalización es sí, además de ponerse a la altura de los nuevos sistemas de vida, puede el hombre existir como hombre.

\* \* \*

¿No asustan a los científicos de hoy sus terribles bombas atómicas y sus prodigiosos cohetes espaciales en un mundo del que aún no se ha podido desterrar del todo la irresponsabilidad y la megalomanía dominadora, pese a las frecuentes protestas de prudencia y de pacifismo *urbi et orbi*?

¿No producen inquietud universal esos avisperos humanos o nuevos Congos que cada día estrenan libertad sin saber aún hacer uso de ella?

¿No es un tanto paradójico que millones de hombres semisalvajes puedan pilotar aviones y manejar receptores de radio y televisión, cuyas voces e imágenes son todavía ininteligibles para ellos?

El gran problema actual es que la máquina ha corrido muchísimo más en estos años que la educación moral e intelectual de un gran número de millones de seres humanos, con lo que se ha creado una serie de conflictos o antes inexistentes o al menos ahora de una gravedad y dimensiones que jamás tuvieron.

Pero no es preciso acudir a esas grandes par-

(6) Cfr. *El español y su complejo de inferioridad*. Madrid, 1961. Págs. 101 y ss.

(7) Cfr. *Teoría de la época actual*. Méjico, 1958. Páginas 233 y ss.

célas de la Tierra, en las que apenas ha podido penetrar aún la civilización o donde ésta se entremezcla, de pintoresca y peligrosa manera, con sus formas e instintos ancestrales de vida. Basta, sencillamente, con que nos fijemos en los pueblos civilizados, incluso en aquellas naciones que ocupan, culturalmente, un puesto de avanzada. Los ejemplos cotidianos de imprudente, abusiva o equivocada utilización de las horas de ocio saltan a la vista: el bebedor y el jugador empedernidos que malgastan su descanso e incluso su salud; el poseedor de un receptor de radio que para producir la envidia o la admiración de sus vecinos eleva inconsideradamente el volumen, perturbando así su tranquilidad, a la vez que no puede escuchar él mismo la emisión a gusto, en medio de un estrépito ensordecedor; el automovilista que, sin necesidad, corre vertiginosamente y no goza de las bellezas del paisaje y hasta se expone a un mortal accidente; la fiebre obsesiva de los mal llamados deportistas cuando un juego se trueca en batalla campal y rompe las buenas relaciones de los pueblos, o cuando, de otro modo, produce en ocasiones a espectadores demasiado emotivos ataques cardíacos de fatales consecuencias... Pero también se emplea mal el ocio a causa de lo que yo llamaría «inercia diversiva»: se va a algo, pero sin saberse bien a qué, ni por qué, ni para qué. Sólo se piensa que es preciso divertirse, sin importar el cómo, sin plantearse siquiera la más elemental adecuación entre lo que se va a ver y las propias preferencias. Tal ocurre, por ejemplo, en el gran espectáculo de las masas de nuestro tiempo, el cine, al que se calcula que asisten semanalmente, en el mundo, doscientos cincuenta millones de seres. ¿Es posible que tal multitud de espectadores que asiste al cine con tan renovada frecuencia pueda siempre elegir? ¿No se trata más bien, en la inmensa mayoría de los casos, de la inercia de ir al cine, en medio de una plena pasividad volitiva? Y, por otra parte, ¿se puede hacer buen cine, en la medida deseable y exigible, ante tal avalancha de espectadores, especie de inagotables devoradores de celuloide? En otro aspecto, ¿qué son capaces de decirnos muchas gentes acerca de la última película que han visto? ¿La han visto, quizá, pese a su presencia física en la sala de proyección? ¿No estará sucediendo que su abusiva asistencia al cine, sin previa selección, sin la más leve consulta consigo mismos, sin una posterior reflexión, les vaya atrofiando poco a poco su estimativa, su latente espíritu crítico?

Si a veces apenas ver malas o anodinas películas, nos produce también igual tristeza que un contingente tan numeroso de seres despersonalizados pida, o cuando menos admita, ese género de producciones.

Lo mismo cabría decir respecto de algunas obras benévolamente llamadas literarias; otro tanto, de ciertas obras de teatro; asimismo, de numerosos programas de televisión, la cual se presenta hoy como un arrollador problema vital y educativo de muy complejas características y cuyo impacto

social tiene mucha mayor trascendencia de la que suele concedérsele (8).

El ocio, inteligentemente encaminado, al cultivo de la lectura reposada y meditativa, o el ocio dedicado al placer de la conversación—ya en la intimidad del hogar, ya en tertulias o medios profesionales—, parece hoy, por casi olvidado o perdido, algo utópico o anacrónico. He aquí, entre muchos más, otros motivos de preocupación para sociólogos y educadores. Porque, por ejemplo, no basta enseñar a leer si luego no se crea, se orienta y se fomenta como algo vivo y necesario el hábito de la lectura (9). Cursar y aprobar las asignaturas del bachillerato y de una carrera le servirán de muy poco al estudiante si no se ha logrado hacer de él un hombre, «un hombre entero», como pretendía nuestro famoso famoso humanista del siglo xvi Alonso López el Pinciano.

El mundo se ha despersonalizado de tal manera y en tan poco tiempo que hoy están desterradas formas de vida vigentes hace no muchos años. Es ésta una realidad tan evidente que a ella es preciso acomodarse, desde luego, mas no sólo poniéndose a tono con las circunstancias actuales, sino procurando elevarlas cuando resulten inferiores a esas otras formas de vida hoy arrumbadas. En este aspecto, y en lo que afecta a lo diversivo, hay que distinguir también entre modas pasajeras y modos permanentes y característicos de ser. El cine, la radio y la televisión acercan por un lado, positivamente, a los pueblos y los universalizan, rompiendo fronteras, recelos y prejuicios, pero por otro contribuyen negativamente a difundir por todo el ámbito de la Tierra la superficialidad y el *snobismo*, hacia los que el hombre-masa se deja llevar con extraordinaria facilidad.

Por otra parte, la unificadora masificación y despersonalización acrecentadas por el maquinismo y la técnica parece que han borrado de la mente del hombre actual el afán, el entusiasmo, la noble emulación no sólo en el trabajo—hoy se ha perdido aquel prurito de la vieja artesanía de la obra bien hecha—, sino hasta en aquello que siente o desea en sus horas de ocio. Se observa un gesto de hastío, de frialdad, de displicencia incluso en muchas cosas que constituyen el asueto o la diversión sana y sencilla. Da la impresión de que algunas otras cosas—hasta las más espontáneas, las nacidas de la propia interioridad, las que implican un impulso generoso—no se sienten de verdad y se hacen mal o por compromiso. De ahí, sin duda, el que se hayan instituido—un tanto publicitariamente, desde luego—el «Día de la Madre» y el «Día del Padre», como si una y otro no merecieran amor y veneración y recuerdo todos y cada uno de los días del año; o que tengamos el «Día de la Fe», como si nuestro sentido

(8) Cfr. mi art. *La televisión como problema vital y educativo*, en REVISTA DE EDUCACIÓN, núm. 146, junio 1962. Págs. 109-113.

(9) Cfr. también mi art. *Hacia una educación de la lectura*, en REVISTA DE EDUCACIÓN, núm. 130, 1.ª quincena de marzo de 1961. Págs. 25-28.

de caridad universal se hubiera atrofiado de repente; o el «Día mundial sin accidentes», como si no fuera una obligación para con Dios, contenida en el quinto Mandamiento, la de velar por la propia vida y la de no atentar imprudentemente contra la del prójimo...

Todo esto—que implica en su raíz confusión, menoscabo lamentable de valores permanentes—produce, en el fondo de nuestra conciencia, una tristeza a la vez íntima y universal, casi cósmica, porque como señala ORTEGA Y GASSET (10), «la persona es, a la vez, siempre vida individual y vida colectiva», ya que «cada uno de nosotros está hecho, en la mayor porción de sí mismo, de la colectividad en que ha nacido y en que pervive»...

Se ofrece, pues, el ocio como un tema muy importante de reflexión y como una necesaria tarea a realizar a los educadores en el más amplio sentido: padres, maestros, sacerdotes, profesores, bibliotecarios, periodistas, escritores, sociólogos, técnicos...

Requiere el ocio—desde el punto de vista educativo—un lugar preferente en las orientaciones actuales y en la reforma de los planes de enseñanza en todos sus grados y modalidades, así como también en la prensa, la radio, la televisión y en las más diversas manifestaciones de la vida social.

Es preciso crear y fomentar una auténtica conciencia colectiva de educación y de preparación para el ocio, que debe arrancar de las mismas familias y de la escuela primaria, que podría centrarse, luego, en la enseñanza media—hoy tan recargada de asignaturas y de horarios, pero tan falta al mismo tiempo de otros aspectos altamente formativos del muchacho—, y que debería canalizarse después, mediante conferencias, artículos, charlas, coloquios, etc., en la Universidad, en las escuelas superiores técnicas, en las de formación profesional, en el campo, en los talleres y las fábricas, en oficinas y comercios, en centros de producción y de relación...

Es posible que para todo ello habría que inculcar primero de una nueva mentalidad a quienes hubieran de enseñar a usar del ocio. En ese caso, los nuevos educadores del ocio habrían de ser previamente adiestrados. No importa. Esto sería

siempre viable e incluso lo más fácil en esta urgente y necesaria a la vez que difícil tarea. Ya señaló GOETHE, hace más de siglo y medio, que una de las cosas más difíciles para el hombre es usar bien de sus horas de asueto.

Hoy, que al humanismo clásico viene a suceder un humanismo científico, es preciso impregnar de sentido ético y estético al nuevo tipo de vida creado por la técnica actual.

Hoy—en medio de bombas atómicas, de proyectiles teledirigidos que nos llevarán pronto a otros mundos cuando aún no hemos logrado la paz ni el pleno bienestar en la Tierra en que vivimos—nos hace muchísima falta enseñar a los hombres a usar bien de sus horas de asueto, aumentadas aún por obra y gracia de la técnica.

Padecemos hoy en gran medida no ya de hecho, sino en progresiva potencia, un ocio masificado o estupidizado, sin alma ni personalidad.

Corremos, incluso, el peligro de que no se lleguen a sentir apetencias de ocio, a fuerza de impasibilidad ante tantas y tan nuevas posibilidades diversas. Porque existe, aún más que en la vida efectiva de cada hombre, en el ambiente más o menos real que se respira, un anhelo tan inmoderado de comodidades y placeres, una tan irreflexiva aceptación de lo mecanizado para que todo se nos dé hecho sin que se tenga que pensar ni esforzarse uno en nada, que la insensibilidad parece adueñarse de los hombres, incapaces a menudo de valorar los motivos, tan abundantes en la vida, de sencillo esparcimiento.

Hay que volver a despertar sensibilidades adormecidas. A la vez de enseñar a estudiar, y a trabajar, y a pensar, hay que enseñar también a divertirse.

Hoy, más que nunca, debemos humanizar al hombre masificado y deshumanizado, para que vuelva a sentirse plenamente hombre en medio de este mundo nuevo.

Es preciso llegar hacia la conquista de un ocio que se valore y se saboree, una vez que se haya enseñado a consumirlo inteligentemente.

Porque el del ocio, en suma, como tantos otros problemas de urgente y necesaria solución, es un problema hondo de educación individual y colectiva. Hay que ir, por consiguiente—proyectados hacia un auténtico y reflexivo afán de felicidad—, hacia una educación del ocio para gozar de lo que, usando una expresión latina, llamaríamos «ocio con dignidad».

(10) Cfr. *Pasado y porvenir para el hombre actual*, en «Hombre y cultura del siglo XX». Madrid, 1957. Páginas 327-328.